

EL CORONEL MARROQUÍ, MI ASESINO FAVORITO

por Adriaan Bronkhorst

Era el año 1973. Yo era experto asociado en un proyecto de la Administración de Desarrollo de las Naciones Unidas en Congo-Brazzaville y estaba en misión de investigación en algunos otros países africanos. Acababa de terminar una visita a la Escuela Nacional de Administración en Tánger, Marruecos, y estaba de camino a Mauritania para una visita similar en la capital, Nuakchot. Hicimos dos escalas: en Casablanca, donde el avión casi vacío se llenó de oficiales militares y policiales, y en El Aaiún (hoy llamado Laayoune), donde todos bajarían, listos para luchar contra el Polisario saharauí y asegurar esta colonia española del Sáhara Occidental para el rey marroquí.



Mapa del Sahara Occidental, al sur de Marruecos y al oeste de Argelia y Mauritania.

Esta información sobre las tropas la recibí del coronel marroquí que estaba sentado a mi derecha, en el pasillo. El destino quiso que a mi izquierda, junto a la ventana, estuviera sentada una anciana saharauí, corpulenta, descalza, con un largo vestido negro y el tradicional pañuelo con niqab.

Después de que nos sirvieran cuscús para el almuerzo, la azafata recogió las bandejas vacías. El coronel habló en árabe con nuestra compañera de viaje a mi izquierda, que no había tocado su comida, y luego se dirigió a mí: «Señor, por favor, ¿podría ayudar a mi madre a comer? Ella nunca lo ha hecho así». Señaló los cubiertos, las bandejitas, los cuencos, la taza y la comida, todo cuidadosamente envuelto en celofán. «Un placer», respondí. Sin entender del todo la petición, desempaqué todo y lo puse en la bandeja, tal como había hecho conmigo mismo. Luego miré a la señora, hice un gesto de invitación y dije: «Buen provecho». Pero mi vecina no se movió, y el coronel dijo:

“No señor, ella nunca ha comido con tenedor y cuchillo, tiene que alimentarla”. Hizo un gesto de llevarle un tenedor a la boca. Casi riendo, dije: “¿Yo, darle de comer?”. Pero el coronel ya le había explicado a su madre cómo iba a servirle y le había mostrado que, cada vez que me acercara a su boca con el tenedor, ella debía levantar el niqab, abrir la boca, cerrarla en el momento en que yo le hubiera metido el tenedor y bajar el niqab en el momento en que yo le hubiera sacado el tenedor de la boca. Me di cuenta de que no se trataba de una broma, sino de un servicio esencial que debía realizarse de manera eficiente y discreta, para dejar a mi compañera de viaje con toda su dignidad. Lo puse en la bandeja, tal como lo había hecho yo mismo. Luego miré a la señora, hice un gesto de invitación y le dije: “Bon appétit”.

Entonces corté la carne de oveja en trozos, la mezclé con la salsa de judías y el cuscús, cogí el tenedor y llevé una primera porción a la boca de mi vecina. Ella levantó el niqab y abrió la boca, tal como le había explicado el coronel. La miré, dispuesto a meterle el tenedor en la boca, pero me quedé perplejo. Traté de ocultar mi incomodidad, en vano, ya que el coronel había seguido todos mis movimientos. «No es tan malo, no te morderá», dijo. Imaginé que se estaba riendo. La boca abierta bajo el niqab era un gran agujero sin dientes. Se cerró de golpe después de que, vacilante, puse el tenedor sobre su enorme lengua. Retiré el tenedor con cuidado y mi vecina bajó el niqab. Una vez que hubo vaciado la boca, la levantó de nuevo para el siguiente bocado. Este ritual se repetía hasta terminar toda la comida. Para entonces, estábamos casi listos para desembarcar. Las mesas plegables tuvieron que cerrarse y la bandeja de servicio fue retirada. El coronel empezó a darme las gracias profusamente. «¡Mi hermano! No te importa que te llame hermano, ¿verdad?». Asentí con la cabeza en señal de aprobación y él continuó: «Muchas gracias por alimentar a nuestra madre. Sin tu ayuda, habría pasado hambre en el desierto. Estoy muy contento. En este momento, el pueblo saharauí, como ella, es quizás nuestro enemigo, pero el Corán dice que Alá te recompensará cuando alimentes a tu enemigo».



[Mujeres Sahrawi, por Saharaujok](#)

El coronel me miró expectante. «Me gustaría preguntarle: ¿usted fuma?». Señalé el

cartel de prohibido fumar que había justo encima de nuestras cabezas y negué con la cabeza para indicar que no. Pero el coronel dijo: «No, no, no me refiero a eso. No al tabaco, sino al hachís sagrado de nuestro país». Me sorprendí y miré a mi alrededor. El coronel había hablado en voz bastante alta, todos los asientos a nuestro alrededor estaban ocupados y cualquiera podría haber oído nuestra conversación. Pero el coronel me dijo que no me preocupara, que «la mayoría de la gente aquí fuma hachís, su prohibición no se aplica al ejército. Pero usted, mi hermano, ¿usted fuma?». Le sonreí y asentí con la cabeza. Mientras tanto, nuestro avión se preparaba para aterrizar. Nuestros cinturones de seguridad estaban abrochados y se suponía que debíamos permanecer sentados. Pero el coronel chasqueó los dedos y ordenó a la azafata que llegó apresuradamente que sacara su maletín del portaequipajes y se lo trajera junto con un cuchillo afilado. Una vez que consiguió ambas cosas, abrió su maletín y sacó un paquete del tamaño de una cartera. Con cuidado, sacó el envoltorio y me mostró una espléndida porción de hachís marrón que cortó en dos partes iguales. Volvió a guardar una parte en su maletín y envolvió la otra cuidadosamente en el papel original y me la tendió



Hachís Ketama Gold, de la región marroquí de Ketama

“Este es el mejor oro de Ketama que tengo. Entre hermanos, la mitad para ti y la otra mitad para mí. Lo necesitaré para luchar contra los saharauis, para no olvidar, ni siquiera entonces, que ellos también son mis hermanos”.

Atónito y sin darme cuenta del todo de lo que había dicho el coronel, cogí el hachís. Le di las gracias y vi la alegría en sus ojos porque ahora compartíamos este regalo. “Ahora también nosotros seremos hermanos para siempre”, dijo solemnemente. Unos minutos después el avión aterrizó y desembarcó mi vecino saharauí y todos los militares. Cuando llegó al final de la pasarela el coronel se dio la vuelta, me miró e inclinó su quepis para hacer un último saludo. Adiós, mon frère.

Me llevó años apreciar plenamente lo que había sucedido. El coronel, un hombre de gran sensibilidad, estaba deseoso de encontrarse con “el otro” con respeto. Honró a una mujer saharauí desconocida como a su propia madre y se encargó de que la cuidaran, y la persona que le ayudó a hacerlo se convirtió en su propio hermano. Acogió como familia a toda persona que encontró en su camino. E incluso en la batalla, en lugar de desconectar sus sentimientos y deshumanizar al enemigo antes de matarlo, eligió abrazarlo como a un hermano. Como soldado, el coronel tuvo que luchar, matar era su deber, pero en ese momento fatal no se comportaría como un robot, sino como un ser humano, un hermano que, en el momento en que le quitaba

la vida al otro, lo honraba. Incluso al matar, trató de expresar hermandad, encontrar unidad y mostrar humanidad.

Todos conocemos la historia de los asesinos, los Haschischins del siglo XI de Siria e Irán, de quienes se dice que salieron a asesinar porque habían consumido hachís. Por supuesto que también es cierto lo contrario, porque nosotros no buscamos la unidad que proporciona el hachís para destruirla, sino para conservarla en medio de la desintegración que la vida nos impone.

Para los asesinos, el hachís era una medicina que suavizaba la herida del asesinato, como lo fue para mi hermano, el coronel.